

El estilo de *Valeriana* tiene, como las escenas que pinta, algunos falsos colores de la moda sentimental de su tiempo. No me puede gustar que el conde envíe de Carrara, rosa (dice) como la juventud, y con vetas negras como la vida. Pero estos defectos del gusto son raros. Así como algunas locuciones viciosas (*en imposer* por *imposer*) que un simple trazo de pluma corregiría. El estilo de este encantador libro es en su totalidad excelente, tuvo por guía un género poco severo, y tiene el ritmo, la vivacidad de giro y un perpetuo y perfecto sentido de la frase francesa.

El éxito de *Valeriana* fué prodigioso, en Francia y en Alemania en la alta sociedad. Se encuentran en el interminable fárrago titulado *Mélanges Militaires, littéraires et sentimentales* del príncipe de Ligne, una continuación de *Valeriana* que no es sino una broma de este hombre de talento. La encantadora princesa Sergia Galitzin no habiendo podido cenar en casa de éste porque la lectura del libro la hizo llorar, quiso salvar este obstáculo para el día siguiente, enviándole un final, en el que Gustavo resucita. Es una parodia cuyas sales muy tenues se evaporaron hace mucho tiempo. Se supo que había causado mal efecto en Alemania el que Madama de Krudner hubiese desertado de su lengua para pasarse á la nuestra, y el propio Goëthe se lamentó de que un talento como el suyo se hubiese ido á Francia.

Sin embargo, el movimiento teutónico contra Francia ó al menos contra el hombre que la tenía en su mano, debía ganar bien pronto á Madama de Krudner, y empujarla por grados, hasta la actitud en que la vemos finalmente. Ya en *Valeriana* hay trazas de alguna oposición al Consulado, en el pasaje de las reflexiones del conde sobre los cuadros y las estatuas de los grandes maestros que es preciso ver en la propia Italia, bajo su cielo, y que sería descabellado el trasladarlos. La muerte del duque de Enghein añadió indignación á este primer prejuicio. La estancia en Berlín, la intimidad con la reina de Prusia y los acontecimientos

de 1806 fueron el colmo. En este tiempo en Suecia, en medio de una sociedad brillante pero en la edad irreparable en que huye la juventud, es cuando yo creo que se operó una revolución en el espíritu de Madama de Krudner, que un rayo de la Gracia, — decía ella — la tocó, y entonces volvió su vista hacia la religión, primero con matices humanos, y más tarde con el carácter de absoluto y profético. Podemos ver en el segundo tomo de las Memorias de la señorita Cochelet (1). Destacándose en aquellas páginas sin relieve, una carta admirable fechada en Riga en Diciembre de 1809, que denota el grado en que se encontraba entonces esta alma maravillosa. Si aún no profetizaba, predicaba ya á sus amigos con todo el celo y la obsesión de una santa ternura. Su influencia cristiana sobre la reina de Prusia, su abnegación sin límites para con este heroico y conmovedor infortunio, y los consuelos y esperanzas celestes de que la rodeó, son suficientemente atestiguados. Parece ser que ya en esta época había escrito otras obras que no han sido nunca publicadas, y cita en sus cartas á la Señorita Cochelet á una *Othilde*, en la que habría querido pintar la abnegación caballeresca de la Edad Media: « ¡ Oh como os gustaría esta obra! — escribe ingenuamente, — ha sido hecha con ayuda del cielo y por eso me atrevo á decir, que tiene tantas bellezas. » Colocándose así en la Edad Media, y en los horizontes de la cruzada teutónica y cristiana, parecía que Madama de Krudner volvía á sus orígenes naturales.

Un gran poeta, el Taso, sujeto á la ilusión como Madama de Krudner, debió, me parece, ofrecer á su imaginación, en el cuadro que intentó, algunos tonos de la misma armonía, y me figuro que esta *Othilde* podría ser escrita y concebida en el color de Clorinda bautizada.

(1) El periódico *Le Semeur* (Octubre 1843), ha consagrado dos artículos á Madama de Krudner insistiendo naturalmente en sus aspectos religioso y místico. El respetable crítico nos reprende nuestra sonrisa. Cita las cartas á la señorita Cochelet no solamente las de 1809 sino otras además.

Madama de Krudner pasó estos años de transición recorriendo Alemania, unas veces en Baden, con ingresos nuevos en la alta sociedad, y otras visitando á los Hermanos moravios y escuchando á Carlsruhe y al iluminado Jung Stilling con quien predicaba á los pobres. Trabajaba en su propia educación, tratando de apartarse cada vez más de los pensamientos de los *hombres del torrente*, como ella decía, mas cambió menos de lo que ella creyó. Si de algunas conversaciones de algunas almas sensibles, se ha podido decir *eso es amor todavía*, me parece que la frase se había hecho expresamente para ella.

Ponía en sus nuevos senderos, en su real *camino del alma*, como decía siguiendo á Platón, toda la sensibilidad y toda la imaginación afectuosa que existían primitivamente en ella. El inagotable deseo de agradar se había transformado en una necesidad de amor, ó más bien, ese deseo persistía siempre.

Los sucesos de 1813 acabaron de definir la misión de que Madama de Krudner se creía encargada, y ese movimiento de regeneración de Alemania que produjo tantos guerreros, poetas nacionales y libelistas elocuentes llevó á sus filas á ella. Vedla evangélica y profetisa del Norte. Además del carácter religioso de que se revistió, lo que particulariza el papel de Madama de Krudner entre todos los entusiasmos teutónicos de entonces, es que se apoyó en el extremo Norte, en Rusia, y como ella dice de los pueblos de aquilón, los concilia con un amor ardiente á Francia. Su imaginación va á buscar el renacimiento de la civilización más allá de la misma antigua Germania, en lo que era la barbarie helada y que se convirtió, según ella, en el asilo de la pureza perdida. Lo que ella desea ardientemente lo que ve en visión con contraste, es la revancha de la invasión de Atila, esta vez para bien del mundo.

El año 1814 lo pasó en París, en Suiza y en Baden, en el valle de Lichtenthal á donde afluirán siguiendo sus huellas, los pobres nutridos y consolados; en Alsacia, en Estrasburgo, en donde vió la muerte trágica y cris-

tiana del prefecto M. de Leiza-Marnesia, en los Vosgos en la aldea de Banc-de-la-Roche edificada por Oberlin. Todo lo que veía arraigaba y crecía en su imaginación. No conocía al emperador Alejandro más que indirectamente, aunque ya le llamaba el *Salvador universal*, el *Angel blanco*, oponiéndole al *Angel negro* que era Napoleón. El sólo pensamiento en este, su sombra, le daba en el instante en que hablaba, el vértigo sagrado de las sacerdotisas. Predecía su salida de la isla de Elba y todos los males que se desencadenarían con él. Su idea fija era el año 15, y asignaba á esta fecha próxima la catástrofe y el renovamiento de la tierra.

El 1815 justificando en parte sus predicciones exaltó su fe y realizó su influencia política. Había visto en Suiza al Emperador Alejandro, poco antes de los Cien-Días, y encontró en él una naturaleza dispuesta. Había comenzado por compararle con el otro Alejandro y con Cyrus, y rejuveneciéndole, lo ponía en parangón con Cristo. Sin duda lo creía sinceramente, pero también había un poco de maña y de insinuación adulatora. Su ascendiente al principio fué inmenso. En París, á la llegada de Alejandro fué su consejera habitual. Salía del Elíseo-Borbón por una puerta del jardín para ir á casa de ella, y allí oraban juntos invocando las luces del Espíritu Santo. Ella confesó entonces á un amigo que difícilmente podía contener su vanidad, al pensar que era tan poderosa como el más poderoso de los soberanos. En los primeros días de Septiembre de aquel año, tuvo lugar una gran revista de tropas rusas ante Alejandro, en las llanuras de Vertus, en Champagne. Madama de Krudner con su gente, su hija, su yerno y el joven ministro Empeytas que la dirigía, fué á alojarse en el castillo de Mesnil muy cerca de allí. Por la mañana los coches del emperador vinieron á buscarla y los honores que Luis XIV rindió á Madama de Maintenón, en el campo de Compiègne, no fueron mayores que la veneración con que el conquistador la trató. No era la nieta del mariscal de Munich su persona favorita, era la Enviada del Cielo que conducía

sus ejércitos. Con la cabeza al aire, ó cuando más cubierta con un sombrero de paja, los cabellos rubios colgando sobre sus hombros y con un bucle en la frente, un vestido obscuro, elegante por la manera con que ella lo llevaba, tal como se la veía en esta época, llegó á esta llanura al alba, y de pie, como un Pedro el Ermitaño, apareció en la oración ante las tropas prosternadas. Escribió y publicó con motivo de esta solemnidad, un pequeño volumen titulado *Campo de Verus*, en el que, sus sentimientos y sus deseos de magnificencia están expresados mejor que nosotros podríamos hacerlo :

« ¿ Quién no se ha dicho asistiendo (assistant) (1) en las llanuras de Champagne y han visto la derrota de Atila? « Otra cuerda ha sido rota. » Nunca ha existido más que un crimen, y este consiste en olvidarse de Dios... ¡ Cuán satisfecho debieron estar los inmensos deseos de vuestro corazón, feliz Alejandro, cuando en esta jornada del Cielo, habéis visto en estas llanuras, donde hace seiscientos años cien mil franceses, en presencia de un rey de Navarra, vieron el suplicio de ciento ochenta herejes á la luz incierta de las antorchas fúnebres, ciento cincuenta mil rusos pedir perdón á la religión del amor. ¡ Ah! ¿ Quién después de haber presenciado esta jornada del cielo, no comulga con nosotros en las mismas esperanzas? ¿ Quién no ha pensado, viendo á Alejandro bajo esos grandes estandartes, en todas las victorias de la fe y en todas las lecciones de la caridad? ¿ Quién se ha atrevido á dudar de que hay en estos altas inspiraciones, y quién no ha dicho con el apóstol : « Las cosas viejas pasaron; he aquí que todas las cosas son nuevas? »

« ¿ Y quién no ha sentido la necesidad de algo nuevo en medio de tantas miradas? Los hombres colo-

(1) Esta es una incorrección de lenguaje, (Assistant) en francés no tiene un sentido absoluto). El autor de *Valeriana* al convertirse en instrumento divino y profetisa cuidaba menos de la corrección en su estilo. San Paulino después de su conversión se permitió ó se impuso toda clase de incorrecciones en sus versos.

cados en lo más alto de la escala por las grandes luces, han visto esta época á la claridad que proyectaba sobre ella la majestad de las Escrituras... La naturaleza lo ha confiado á sus observadores; las ciencias la adivinaban, la política, cubierta de vergüenza, la presentía en sus caídas...

« Sí, todos, ya sea gozando de ese gran secreto todavía velado como Iris, ya sea temiendo que el velo de los tiempos no se rasgase, todos tienen la esperanza ó el terror de esta época...

« ¡ Qué corazón, viendo todo esto, no ha latido por ti! ¡ Oh, Francia, antes tan grande, y que saldrás más grande todavía después de los desastres! ¡ Francia, que has querido desterrar de tus consejos al Todopoderoso, y que has visto los brazos de carne, aunque apoyados en imperios, caer de espanto y ser impotentes ! »

« ¡ Decid á los pueblos asombrados que los franceses sufrieron el castigo para su gloria misma; decid á los hombres sin porvenir que el polvo que se levanta cae para ser devuelto á la tierra de los sepulcros ! »

« ¡ Y tú, Francia primera, antigua heredera de las Galias, hija de San Luis y de tantos santos que la valieron bendiciones eternas, y patria de la caballerosidad, cuyos sueños han encantado al universo, vuelve en ti, pues estás viva de inmortalidad ! Tú no estás cautiva en los lazos de la muerte, como todo lo que no ha tenido más que el dominio del mal para reinar ó para servir. »

Acabó enseñando la Cruz, dejada en estos lugares como un altar magnífico que diría : « Aquí fué adorado Jesucristo por el héroe y el ejército querido de su corazón. Aquí los pueblos del Aquilón pidieron la felicidad de Francia. »

Estas páginas expresan claramente en qué sentido Madama de Krudner concebía y aconsejaba la sancta alianza; pero lo que era su sueño, lo que fué un momento el de Alejandro, se desconcertó pronto y se desvaneció en presencia de los intereses contrarios y de las ambiciones positivas. La especie de triunfo de Madama de

Krudner en el campo de Vertus, fué la cima luminosa de su influencia. Se asustaron seriamente, y trataron de alejarla del emperador y hacer de manera que la viese menos. Cuando Alejandro abandonó Francia, Madama de Krudner declinó ante él, y la veneración piadosa que antes sintiera por ella, se tornó en aversión y casi en persecución.

Los que creen seriamente en la intervención de la Providencia en las cosas de este mundo no deben juzgar con sonrisas la tentativa de Madama de Krudner. Es cierto que 1815 fué un momento decisivo, y á los espíritus religiosos debe parecer natural que produjese su testigo místico y su profeta. Madama de Krudner se equivocó menos sobre la importancia de los sucesos de 1815 que sobre las consecuencias que auguraba. En estos momentos de sacudidas universales, ocurre, me imagino yo, que el ideal que está detrás de este mundo terrestre, se revela, aparece á los ojos de algunos y se cree que intervendrá. Mas la abertura se cierra en seguida y el ojo que le ha visto un instante, cegado por su luz, sigue creyendo en sus rayos misteriosos. La desgracia de ciertas almas, la equivocación de Madama de Krudner, no está acaso más que en haber concebido lo bello en las cosas humanas, en un cierto momento decisivo y terrible, en el que en efecto bastase un grande hombre para realizar el ideal. Pero el hombre no vino, y el que concibió su extraordinario papel no es más que un visionario. Nosotros mismos, cuando soñamos, nos decimos todos los días : « ¡ Qué habría sido en 1830, con un buen gobierno, con un gran corazón ! » Si el noble, el interesante, pero demasiado frágil Alejandro hubiera sido un Carlomagno verdadero, un monarca á la altura de su fortuna, Madama de Krudner estaría justificada; mas ¿ habría sido entonces necesaria? Su más grande ilusión fué creer que tales pensamientos se aconsejan y se inspiran á los cerebros en los cuales no germinan.

Después de todo, bajo una forma particular, en su lenguaje bíblico y vago, pero con un sentimiento ori-

ginal y nuevo, Madama de Krudner no ha hecho otra cosa sino entrever en el seno del huracán político, esta llaga de la falta de fe, de la indiferencia y de la miseria moderna que con más ó menos autoridad, genio, ilusión, y ventura, han sondeado, suavizado, deplorado y atormentado todos los sentidos diversos que tienden al mismo fin de la regeneración social, Saint Martin, de Maistre, Saint Simón, Ballanche, Fourier y La Mennais,

Fuera de la política, la influencia de Madama de Krudner en 1815 en París, su acción puramente religiosa fué muy pasajera, pero muy viva y vehemente, aun en aquellos en los que no duraba mucho. Todos los que se le acercaban, sentían el encanto de su palabra y respiraban el perfume de su alma generosa. Citáramos numerosísimos ejemplos. Madama de Lezairnes, una mujer joven y encantadora que había visto perecer tan espantosamente á su marido en Estrasburgo, en su pena se había acogido á Madama de Krudner, y compartía cada noche el mismo cilicio, esperando por ella encontrar alguna comunicación con el que había perdido, y que ya se revelaba á su santa amiga. En aquel castillo cerca del campo de Vertus, todos los que rodeaban á Madama de Krudner predicaban más ó menos siguiendo su ejemplo; su hija y su yerno predicaba á la familia del viejo gentilhombre que los alojaban, y hasta la joven doncella predicaba al viejo criado del castillo. Algunas palabras cambiadas en el encontrarse no importaba con qué motivo ni en qué lugar, se convertían en seguida en predicaciones. El respeto y la admiración que ella inspiraba, corregían el efecto que producían los sermones de los que la rodeaban. Muchos burlones de París que iban á oírla á su gran salón del Fauborg Saint-Honoré, abierto á todos, volvían sino convencidos al menos encantados de su persona. Cualquiera de su conocimiento familiar que se jactaba de haber sido fuerte, en cuanto no estaba en presencia de ella, comenzaba á predicar siguiendo su ejemplo. Tenía una elo-

cuencia admirable sobre todo cuando hablaba de las miserias humanas de los grandes : « ¡ Oh, cuánto he habitado en esos palacios! — decía á una muchacha digna de escucharla, — ¡ oh, si supieseis cuántas miserias y cuántas angustias se recelan! Nunca veo una de estas sin sentir el corazón oprimido. » Pero cuando el efecto de sus palabras era soberano era cuando hablaba de los pobres y de sus miserias. Una vez en París, solicitada por la amistad de un hombre de bien, M. Degerando, penetró con la autorización del Prefecto en la prisión de San Lázaro, y allí se encontró en presencia de la porción verdaderamente más enferma de la sociedad. Comenzó á hablar ante aquellas mujeres asombradas y pronto conmovidas presentándoles las llagas de los poderosos. Llamó á su corazón, se confesó también gran pecadora, y habló de ese Dios que, como ella decía son frecuencia, *la habia recogido de entre las delicias del mundo*. Esto duró varias horas; el efecto fué instantáneo, creciente, y no se oyeron más que sollozos y palabras de reconocimiento. Cuando salió, las puertas y los corredores estaban llenas de gente ansiosa de verla pasar. La hicieron prometer que volvería y que haría el envío de buenos libros. Pero otras emociones sobrevinieron; no volvió más, y en esta falta de consecuencia se veía la falta de disciplina, de orden fijo, y de doctrina definida que existía en Madama de Krudner.

Cuantas veces, cuando se la cercaba con preguntas acerca de esta doctrina, cuando se la interrogaba acerca de la fuente de sus testimonios, y cuando se la decía sobre sus místicas ideas : ¿ Quién sois vos? ¿ De dónde venís? Se contentaba con hacer un gesto indicando á Empeytas quien contestaba : « Yo os explicaré todo eso », y el viento de la inspiración cambiaba, y la explicación no era nunca más concreta.

Esta vacilación existía en todos los resultados y en todas las acciones de su vida. Acaso hubiese salvado á Labedoyère si hubiese obedecido á un sólo pensamiento; pero las sugerencias diversas se sucedían, la

inspiración variaba á gusto de la última persona que veía, y una de las personas hostiles á Labedoyère habia tenido gran cuidado en no abandonarla sino pocos instantes antes de que llegase el emperador Alejandro, el cual encontró la inspiración clemente combatida y enfriada.

Su sensibilidad y su imaginación, no contenidas, emprendían una loca carrera. Sus ilusiones sobre las cosas eran extremas y las tuvo fácilmente en todo tiempo. Un día en 1815, á un amigo que la venia á ver en la hora de su oración, le decía : « Grandes obras se realizan; todo París joven... » Y este amigo que salía del Palacio Real, en donde habia visto comer á todo el mundo, no pudo desengañarla como habria querido. Este es un rasgo muy de ella que, mujer mundana, se habia figurado de buen grado, que *Gustavo* ó alguno otro habia muerto de amor por ella (1).

Nos complacemos en averiguar, en esta época de 1815, cuáles fueron las relaciones de Madama de Krudner con algunas personas célebres, cuyas almas debían de tener más de un punto de contacto con la suya. Madama de Staël admiraba á la autora de *Valeriana*, pero un espíritu político é histórico demasiado pronunciado, para admitir su exaltación profética y más bien sonreía. Benjamín Constant no sonreía. En 1815 vió mucho á Madama de Krudner, y en ella encontró muchos consuelos en sus crisis y alimentos para su alma; sabemos cuáles fueron las vicisitudes políticas del ilustre publicista, y sus sentimientos religiosos no menos agitados, en este último extremo de su juventud, volvía á exacerbarse en él y libraban un último combate. Otras alteraciones secretas se unieron formando el último huracán. Cerca de Madama de Krudner iba durante estas horas en busca de algún reposo y compartir algunas oraciones.

(1) « ¿ Cómo? — replicaba alguno ante quien ella decía que habia muerto — ¿ Muerto? ¡ Si está en Ginebra! » — « ¡ Oh! querido amigo — exclamaba ella, — no está muerto pero no está mejor por esto.

Adolfo siempre el mismo cerca de Valeriana renegada. Una benevolencia preciosa nos permite reproducir algunas líneas que pintan esta situación interior ; « Ayer he visto á Madama de Krudner, — escribía Benjamín Constant (2), á solas durante varias horas. Su presencia causó en mí un efecto que nunca había sentido, el cual ha sido aumentado esta mañana. Me ha enviado un manuscrito rogándome que os le enviara á vos sola. Querría leerlo con vos; me ha consolado aunque no contiene cosas nuevas. Lo que el corazón siente como ducha ó como necesidad no es nunca nuevo pero ha arraigado en mi alma. Hay verdades que son triviales, pero que repentinamente me han conmovido. Cuando he leído estas palabras que no tienen nada de extraordinarias : *Cuántas veces envidiaba á los que trabajan con sudor en la frente, que añadian una labor á otra y al final de todos los días se acostaban sin saber que todo hombre tiene una mina interior que debe explotar. Mil veces me he dicho : Sé como los otros; me he echado á llorar. El recuerdo de la vida tan dispendiada, tan tormentosa, que yo he llevado contra toda clase de escollos con rabia, se apodera de mí de una manera que yo no sabría expresar.*

¡ Contradicción punzante y patética ! Al mismo tiempo que cerca de una persona admirada y amada, se quejaba de cierto rigor habitual que quiso suavizar, se hacía órgano de cierta santidad mística que quería sugerir. El escribía : « Yo me digo que es preciso que yo sea así para atraeros á una esfera de ideas en la que yo mismo no tengo la dicha de estar; mas la lámpara no ve su propia luz y la extiende en torno de ella... He pasado todo el día solo y no he salido sino para ir á ver á Madama de Krudner. ¡ Mujer excelente ! No sólo sabe todo, pero ve que una pena terrible me consume. Me ha tenido á su lado tres horas para consolarme, aconsejándome que rezase por lo que me hacían sufrir, y que ofreciese mis sufrimientos en expiación

(2) Se dirigía á Madama de Récamier.

por ellos si tenía necesidad. » Y más lejos : « Yo soy una lira que el huracán destroza, pero que al romperse esparce la armonía que vos debéis escuchar... Yo estoy destinado á alumbraros consumiéndome... Yo querría creer é intento rezar... » Por desgracia para Benjamín Constant, estos anhelos que revivían cerca de Madama de Krudner, y que llegaban hasta á la exaltación cuando rezaba el *Padre Nuestro* con ella, no se sostenían en su intensidad, y pronto tornaba á la ironía, al cansancio que le producía todo, de lo que no le sacaban más que los asaltos de sus nobles pasiones de ciudadano (1).

A su salida de Francia después de 1815, Madama de Krudner, atravesó sucesivamente diversos Estados de Alemania, conmoviendo con su voz á los pueblos y en seguida expulsada por los gobiernos. M. Bonal la hizo objeto de sus rechiflas por esto en *Le Journal des Débats* del 28 de Marzo de 1817 y una pluma amiga, que no puede ser otra que la de Benjamín Constant la defendió en el *Journal de Paris* del 30, y recordó al patricio ofensor, los miramientos que al menos debía á la nieta del mariscal de Munich. Bien pronto al alejarse sus ecos de Suiza y del valle del Rin, los acentos de Madama de Krudner se perdieron. La perdemos también de vista en este relato, pues lo que podríamos añadir no resultaría sino una variante monótona de todo lo que ha precedido. Publicó algunos pequeños trabajos en alemán de los cuales se pueden ver los extractos en la Noticia de M. Marmier. Algunos profesores de universidad imprimieron con todos sus detalles conversaciones sostenidas con ella. En toda esta última parte de su apostolado no me parece diferir de los numerosos sectarios que surgen cada día en Inglaterra y en los Estados Unidos de América, pues desapareció la originalidad de sus acciones. Habiendo

(1) Al hablar de la relación de Madama de Krudner con hombres ilustres, digamos que conoció á M. de Chateaubriand cuando *Atala* (1801). Las ilustres *Memorias* darán cuenta de una carta que ella le dirigió á Roma en ocasión de la muerte de Madama de Beaumont.

obtenido el permiso para ir á San Petersburgo, fué expulsada por haberse declarado en favor de los Griegos, y murió en Crimea en donde intentaba fundar una especie de establecimiento penitenciario. ¡ Honor y bendiciones á la que supo vivir hasta el final y bajo el escándalo de su celo, como un infatigable mártir de la caridad !

Pero Francia, para no ser ingrata, es la que debe guardar el recuerdo de una persona que desde muy temprano volvió los ojos hacia ella, que embelleció su sociedad, adoptó su lengua y honrado su literatura, que la amó siempre como María Estuardo la amó, y que traicionando su embriaguez mística, no soñó sino con el deseo de ser una Juana de Arco de la paz, de la unión y de la misericordia (1).

1º. Julio 1837.

(1) En un tomo diferente del nuestro pero sin malevolencia y con pleno conocimiento de causa, un primo de Madama de Krunder, el conde de Allonville, le ha consagrado un capítulo en el tomo VI, pág. 292, *Memorias secretas*.

## MADAMA DE CHARRIÈRE

---

¿ Es crítica lo que hago al esbozar estos retratos? Hay muchas personas que lo creen así, y que me compadecen por mi absorción ó disipación. Otros, partidarios de la crítica, me aconsejarían que fuese más enérgico dudando de mi rigorismo. Para mí, en efecto, ¿ es preciso confesarlo? este cuadro en el que la crítica no interviene con frecuencia sino en un lugar muy secundario, no es más que la forma particular y acomodada para expresar mis propios sentimientos acerca del mundo y de la vida, y para exhalar disfrazadamente cierta poesía oculta. Es un medio, algunas veces, para continuar la elegía interrumpida. Si reúno según mi ideal un buen número de estos artículos medianamente severos, y algunos de estos retratos, parecerá algo como una ojeada á los rincones de Alcibiades, encontrados y trazados aquí y allá, pero que no deberán formar parte del mapa del Atica. Este mapa es la historia general de la literatura que esperamos escriba bien pronto, nuestro amigo Ampere ó algún otro semejante. Al escoger con predilección algunos nombres poco conocidos ó ya olvidados, y fuera del camino tantas veces recorrido, obedezco á ese placer del corazón y de la fantasía que hace producir á los demás, más afortunados en imaginación, cuentos y novelas. Solamente mis personajes no fueron creados aun cuando parezcan extraños. Son verdaderos, han existido, y así me cuesta menos trabajo que el inventarlos y describirlos. Resulta de este primer cuidado, y de este primer misterio de mi estudio con ellos, que los